

¡No hay pex... me expongo!

Alfonso Machorro Florencio

DEPARTAMENTO DE SÍNTESIS CREATIVA, UAM XOCHIMILCO
machorro.alfonso142@gmail.com

Peces desprovistos de aletas, moviéndose al vaivén agitado de algún mar mítico, cerca de un peñasco o arrecife nadando entre olas de simetrías confusas. Son multitud de charco en la memoria llevando florituras al frente de mensajes encriptados; una palabra, una señal en forma de voluta; un sonido imperceptible sin conocer su existencia. Son apariencia y conmoción que emergen de una idea, convirtiéndose en imágenes que intentan decir algo...

Revolotean por encima y por debajo del oleaje, sin preocupación por externar sentimiento de galbana o dolor; aparentemente todos iguales. No lo son. Cada uno es distinto, con propia personalidad; semejantes a los seres humanos, absolutamente diferente uno del otro, aun por encima de la igualdad que debe existir.

La individualidad los distingue como copos de nieve, tan distintos unos de otros en la eternidad de su vida. Tanto como la nuestra.

Ellos, los peces, también son diferentes, aunque no lo parezca, se distinguen en el color y trazo monocromático de su geometría. Cuesta trabajo diferenciarlos porque nos hemos acostumbrado a mirar sin observar, vemos sólo gente como una gran masa, sin rostro ni nombre; se llega a un aeropuerto o se transborda el tren del metro encontrando sólo una gran muchedumbre, sin apreciar detalle, pasamos desapercibidos, precisamente como un gran cardumen. Con una diferencia, los peces nadan en el orden de la marejada, ondeando se dan el tiempo de arrullar a la luna y contemplar las estrellas, disfrutan acompañarse y lo hacen en perfecta sincronía; no hay preocupación acerca de quién va al frente, no buscan competir entre ellos, no son egoístas ni petulantes, no pierden el tiempo en traicionarse, al contrario disfrutan y comparten su distancia a diferencia de la masa que anda entre pasillos largos, asfixiándose entre empujones sin ver más allá de sus propios tropezones.

A los peces nada los obliga a quedar pasivos porque nada les preocupa, no tienen depresión, no pelean por la banalidad de ser el más importante porque todos lo son y lo saben. Cuando son atrapados en una red, aparentemente aceptan sin gesticular dolor alguno, por desgracia no es así, sufren la más espantosa muerte: la asfixia. Qué ironía, los humanos fuman para morir igual y, sin embargo, ¿quién ha escuchado a un pez gemir de dolor ante su inminente final? Mueren sin cerrar los ojos, sin expresar odio ni tristeza. Los que gozaron con el fortuna de salvarse sólo dan la media vuelta y se marchan, sin odios, sin rencores ni venganzas. Aceptan su destino y que la vida es así, en ese momento comprenden que sólo hay que tener mayor cuidado sabedores que aquellos que ya no están formarán parte de algo más importante en este mundo; su muerte es parte de la vida en el ecosistema. No se complican con especulaciones de si el mundo es incomprensible o injusto, sólo admiten que su vida y su muerte es evidencia de un gran ciclo universal.

Los peces prefieren el agua salada y algunos se regocijan en la dulce transparencia del viento, entonces pueden volar tratando de conocer los misterios que permanecen en el cielo como en los oscuros abisales. Sólo ellos saben la verdad de este mundo; los que llegan a grandes alturas se deleitan con las puestas de sol y bajan para conversar con los peces que nunca aprendieron a volar, y aquellos de las profundidades cuentan a los demás que existe un mundo distinto al suyo. Muchos no creen en los sueños y no saben que lo soñado se llama libertad. Los peces que saben que existe algo más que sólo dar vueltas y vueltas sugieren moverse constantemente, porque de otro modo podrían ser devorados por los peces más grandes o por ellos mismos, quien se queda inmóvil carece de propósito y entonces no son deseados.

La mitología del pez es la más antigua que existe, porque en ellos se encuentra el origen mismo de la vida; su triunfo es la sobrevivencia; testigos mudos de leyendas y sus significados, tanto religiosos como paganos. El pez dibujado por los primeros cristianos guardaba el código secreto que los identificaba para no ser apresados. La leyenda japonesa del pez *koi* cuenta que los que conseguían llegar río arriba, eran recompensados convirtiéndose en dragones, su perseverancia ante la adversidad y la persistencia era recompensada, símbolo del gran triunfo a la vida. O el gran pez *timinglia* de la mitología hindú, temido por su colosal tamaño, podía comerse de un bocado a una ballena. Tantas historias podrán contarse alrededor de los peces como recetas para cocinarlos.

Los peces sin aletas se acercan de vez en cuando a las orillas del mar; gustan jugar con el oleaje disfrutando surfear entre la espuma y los serpenteos del agua. No se muestran fácilmente a diferencia de sus hermanos que sí tienen aletas. Son impredecibles y difíciles de apresar con redes convencionales porque viajan sin rumbo fijo y sin destino que predetermine un lugar para ubicarlos; les gusta aparecer en cualquier parte, pueden llegar a un lago o a un pequeño río, pero siempre elegirán el mar, porque el mar conecta con mayor fuerza con el ser humano. Habrá que mirar por mucho tiempo hacia el horizonte, escuchar la sinfonía del oleaje, sólo así se tendrá la suerte de verlos.

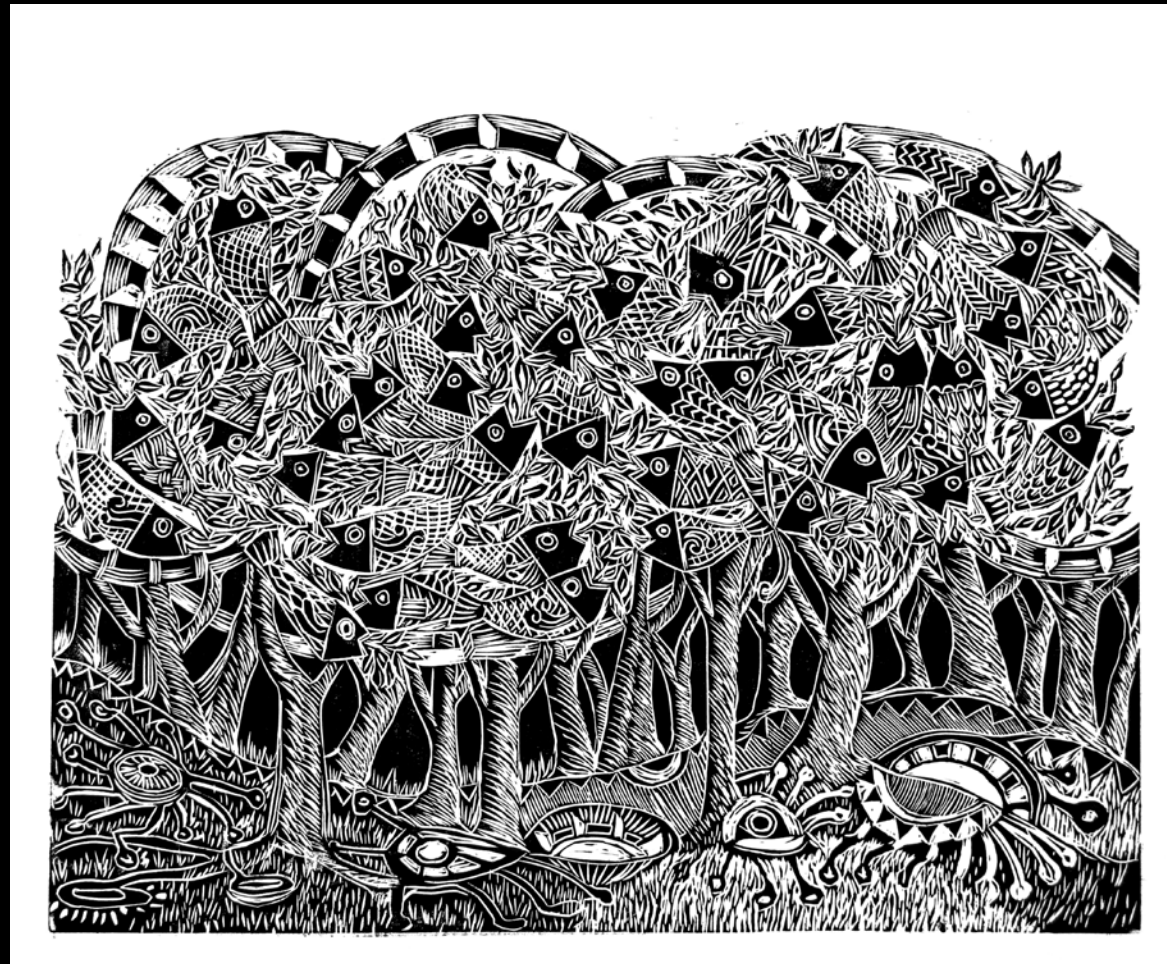
Si acaso tienen alguna vez la fortuna de advertir su presencia, deberán cerrar los ojos para no perderlos de vista, seguramente tratarán de comunicarse con ustedes con una idea precisa, lo que intentarán advertirles es que la vida es muy corta y habrá que aprovecharla, ¡no hay pex!... disfruten su presencia en el sortilegio de su inexistencia.



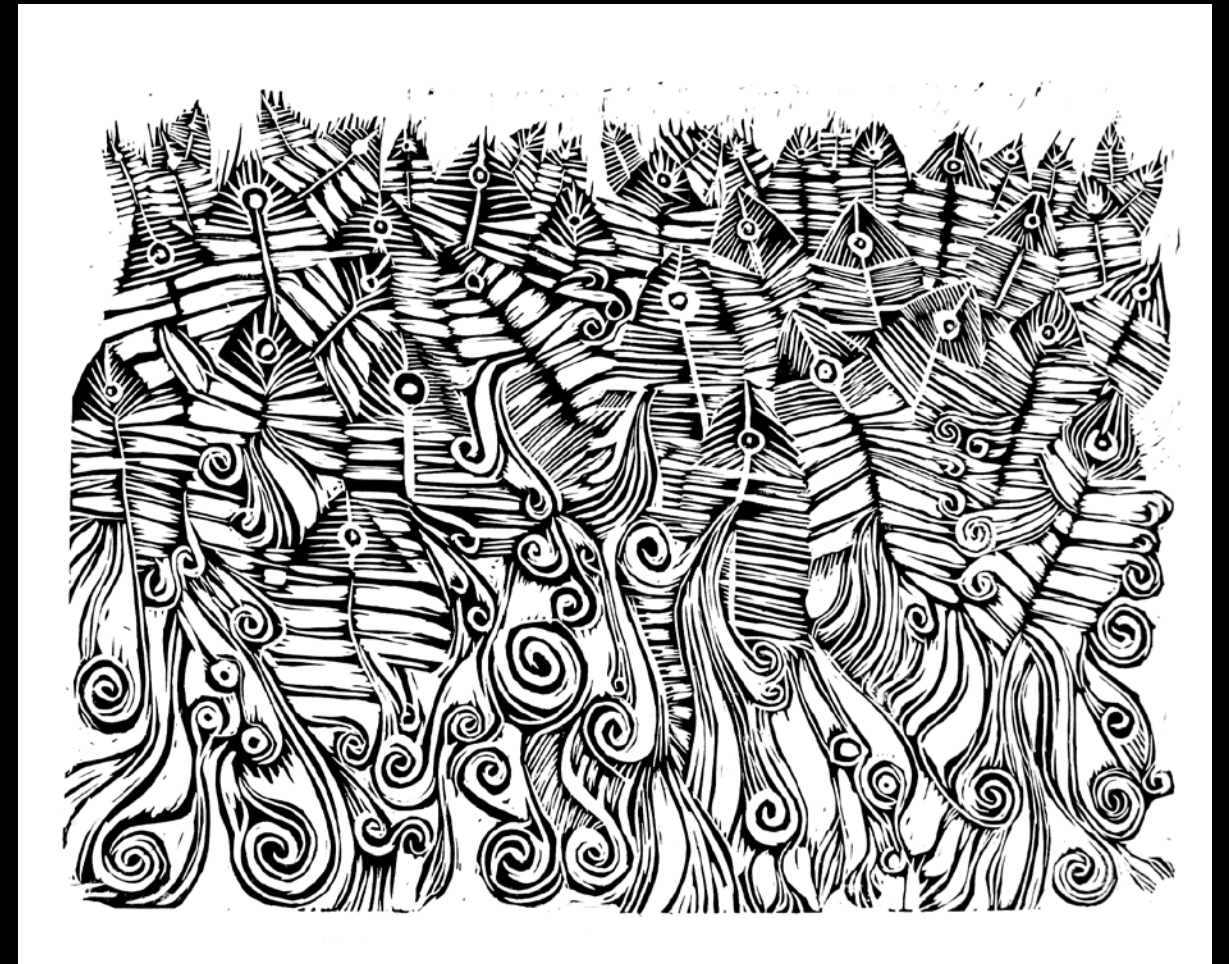
Los peces en susurros arrullan al mar.
Grabado en linóleo, 80 × 20 cm, 2016.



El hombre decidió convertirse en pez y la mujer se convirtió en ave, para indicarle al pez por dónde tendría que navegar.
Grabado en linóleo, 60 × 20 cm, 2016.



Cuando falta oxígeno en la pecera los peces se asoman a la superficie a descubrir la realidad. El aire está contaminado.
Grabado en linóleo, 40 x 30 cm, 2015.



El pez vomitó sus entrañas para no ser comido.
Grabado en linóleo, 40 x 30 cm, 2009.



El camaleón contó a la mujer del mar un secreto. Ella lo guardó en su corazón, tan profundo lo ocultó que se convirtió en sirena.
Grabado en linóleo, 30 x 40 cm, 2017.



¡Qué más abundancia que el mar!
Grabado en linóleo, 40 x 30 cm, 2011.



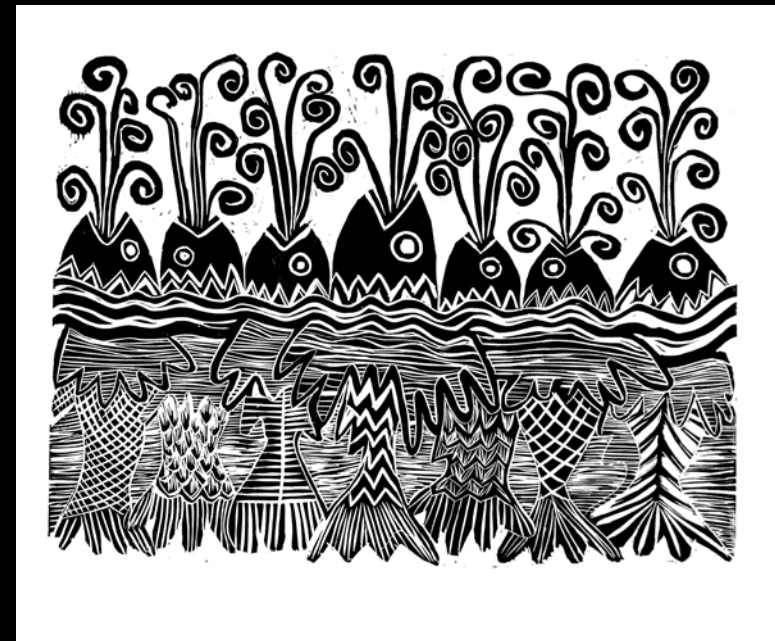
Peces gordos no caben en charcos pequeños.
Grabado en linóleo, 30 × 40 cm, 2009.



Los peces perdieron sus aletas, para nadar sólo necesitaron su imaginación.
Grabado en linóleo, 54 × 52 cm, 2016.



Los peces nunca cierran los ojos, necesitan saber que nunca están solos.
Grabado en linóleo, 60 × 40 cm, 2014.



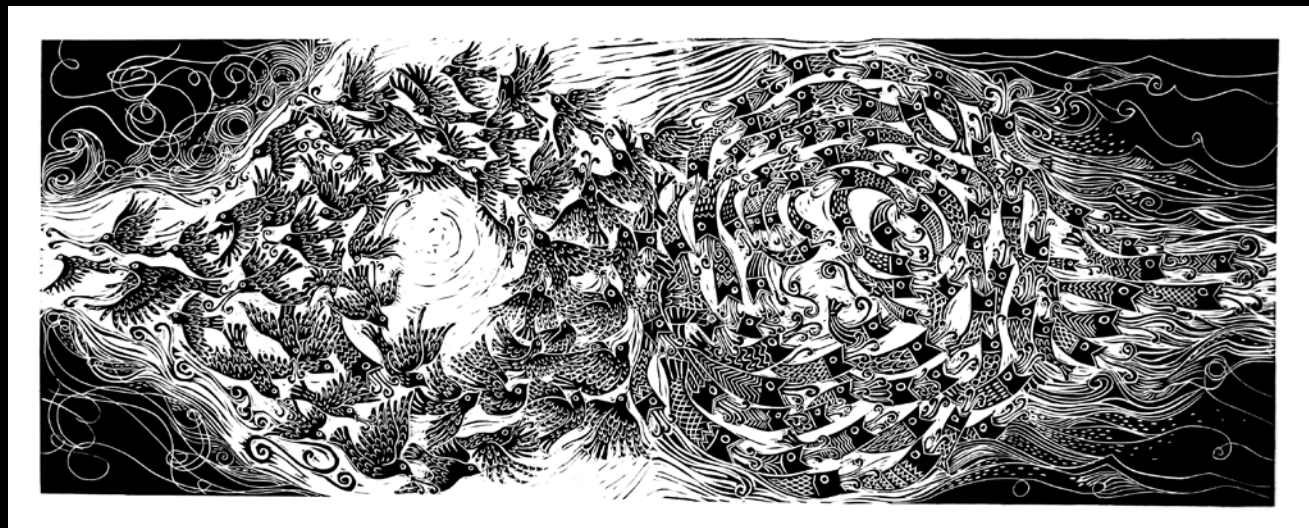
Los peces soñaron con volar, tuvieron que comerse sus aletas.
Grabado en linóleo, 40 × 30 cm, 2009.



La embestida del huracán destruye todo lo que encuentra a su paso. Los que habitan el mar celebran la desgracia.
Grabado en linóleo, 46 × 30 cm, 2016.



*El amor entre el ave y el pez es imposible, los dos son libres.
Grabado en linóleo, 79 x 30 cm, 2017.*



*El pez sabe que su lugar no está en el viento. El ave reconoce su libertad, pero no la del pez.
Grabado en linóleo, 80 x 30 cm, 2018.*



*El sol calienta el mar para hacer bailar a los peces; ellos piensan que es una bendición. El sol y el mar los traicionaron entregándolos a los pescadores.
Grabado en linóleo, 30 x 30 cm, 2017.*